

El desierto florido

Vivo para estos momentos. Mis alumnos universitarios despiertan de su letargo cuando les muestro a pantalla completa una tierra inhóspita, yerma y olvidada; el desierto de Atacama. La siguiente imagen es la misma estampa trasformada en *El jardín de Arlés*, abarrotado de pinceladas de color púrpura, carmesí, blanco, amarillo, clorofila y añil. Alterno ambas caras del mismo lugar y brota el milagro.

El desierto florido es un fenómeno climático que se produce en Chile, sobre una de las superficies más áridas del planeta. Un terreno que pareciera estéril pero que, en ciclos de diez, quince, incluso veinte años se colma de más de doscientas especies florecidas: garras de león, orejas de zorro, lirios de los incas, patas de guanaco, cuernos de cabra, celestinas, flores del minero, hierbas del salitre... Sus semillas han aguardado años en el subsuelo, ocultas, pacientes, ansiosas por recibir lágrimas del cielo. Las preguntas que habían quedado mudas durante el curso han aflorado con naturalidad, hemos debatido sobre el clima, sus terribles consecuencias, sobre las opciones energéticas, sobre política, sobre la facultad. Se ha generado una apasionada discusión y al finalizar, esa chica de atrás, que viste siempre de negro, ha iniciado un aplauso arrastrando a los demás en vítores y pitorreo. El aula ha renacido empapada por una fina lluvia de conocimiento.

Suena el timbre, la lluvia cesa. Estoy en el coche, ir al super, recoger un paquete, acercarme a echar un ojo a mi padre, asegurarme que se toma las pastillas, discutir un rato con él, llegar a casa, hacer la cena y por fin descansar. El panel delantero me alerta que toca revisión, ochenta mil kilómetros, una tarea más. Esta distancia correspondería a haber dado dos vueltas completas al planeta. Hace siglos que no viajamos, casi ni salimos al campo, siempre tenemos excusas: la cátedra, los proyectos, los padres, el trabajo de Juan, el mío, la casa, los exámenes de la niña, la compra, la comida, deberes, deberes, deberes; un corsé que aprieta mis últimos veinte años. Mañana cumplo cincuenta. He visto mi regalo en el armario. No será un día especial. La adolescente que hemos criado ha decidido obsequiarme con un retrato. Ayer orgullosa de su trabajo, me lo mostró, esperaba un halago por lo virtuoso de su pincel, pero yo me perdí en los profundos surcos de mi rostro. Superficie agrietada y árida. Mañana tomaré alguna pastilla extra para soportar la

jornada. El trabajo es lo único que me sostiene, mis alumnos me hacen gracia, revivo en ellos. Tan reivindicativos, tan distinta la suya a mi juventud y tan similar en lo primordial. Percibo mis antiguos sueños en sus ojos centelleantes.

Desde que conocí a mi profesor de biología del instituto, Nicolau, supe que la docencia era mi destino, mostraba tanta pasión que no cabía el aburrimiento durante sus clases. Lo recuerdo muy a menudo y me pregunto con la misma frecuencia si mis alumnos disfrutarán de la misma alguna manera con mis enseñanzas. Me gustaría tanto trasladarles el amor por la naturaleza, sus procesos, su excelencia, su mutabilidad, su capacidad de adaptación. Busco percibir ese anhelo en sus ojos, la expresión callada, la fascinación de la avidez por conocer, un destello casi imperceptible. Era tan ingenua en la facultad de forestales, era divertido, todo por explorar, tenía tanta fuerza, ¿y ahora? ¿Qué puedo esperar ahora de la vida? ¿Me resta resignarme a disfrutar de las caras de asombro de mis pupilos? ¿Cuáles son mis deseos? ¿Dinero, salud, familia? Me siento absurda e ingrata, poseo todo y sin embargo un descontento me araña por dentro.

Han transcurrido seis meses desde mi cumpleaños. El agua lo inundó todo. Al día siguiente de mi onomástica Juan me pidió el divorcio. Me habló con mucho cariño: Seguiremos siendo amigos, nuestra hija siempre nos unirá, no eres tú el problema soy yo, debemos continuar viéndonos, contarás siempre con mi amistad, mi amor es incuestionable. Yo apenas escuché, toda mi atención estaba en el agua, sentía cómo comenzaba a mojarme los pies. No acerté ni a quitarme los zapatos. Los acontecimientos fueron precipitándose, nuestra hija prefirió vivir con su padre, vendimos el chalé, me cambié de barrio, comencé a vivir sola, mi padre murió. Advertía como el líquido ya empapaba las perneras de mis pantalones.

Precisé tiempo. Comencé a no pisar fondo, el agua me rodeaba, si no reaccionaba pronto se agotaría el oxígeno. Agarré lo que tenía más a mano: retomé el senderismo y la natación, me apunté a yoga, cambié mis hábitos alimenticios, adelgacé, aprendí a meditar y los más determinante volví a escribir. Escupí sobre el papel el dolor y el hastío. Escribí sin cesar. Completé un primer cuaderno. Cuando llevaba cuatro páginas del segundo fui consciente de lo que estaba ocurriendo: Atacama, las semillas, la riada; ya no me ahogaría. Las florecillas habían comenzado a brotar.